

La embriaguez del goce*

CARMEN LUCÍA DÍAZ LEGUIZAMÓN **

Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

La embriaguez del goce

The intoxication of jouissance

L'ivresse de la jouissance

Resumen

El discurso contemporáneo empuja al goce. La pérdida de grandes referentes ordenadores de las sociedades, consecuencia del avance y primacía de la ciencia y la tecnología, del dominio de la sociedad de consumo y la globalización, transforman la subjetividad y sus expresiones del malestar. Frente a la fragmentación y volatilidad de los referentes y los vínculos sociales, la proliferación de objetos que prometen satisfacción plena y la proclama del individuo como valor absoluto, surge una forma sintomática privilegiada: la adicción, modalidad que cifra la sumisión y la rebeldía del sujeto a la demanda voraz del Otro de la época, el mercado. Se interroga la función de la marca y del daño al cuerpo, totalmente comprometido en ese goce desbordado.

Palabras clave: goce, consumo, Otro, objeto, adicción, marca en el cuerpo

Abstract

Contemporary discourse spurs on to *jouissance*. The loss of the grand reference points that ordered society, consequence of the advance and prevalence of science and technology, of the predominance of consumer society and globalization, transform subjectivity and its expressions of discontent. Faced with the fragmentation and volatility of referents and social bonds, the proliferation of objects that promise full satisfaction and proclaim the individual as an absolute value, a privileged symptomatic form emerges: addiction, modality that combines the subject's submission and rebellion with regard to the voracious demand of the Other of the era: the market. We explore the function of the trace and the damage inflicted on the body, entirely included in this *jouissance* without restraint.

Keywords: *jouissance*, drug use, Other, object, addiction, body trace.

Résumé

Le discours contemporain pousse à la jouissance. La perte de grands référents ordonnateurs des sociétés, conséquence du progrès et de la primauté de la science et de la technologie, de la domination de la société de consommation et de la globalisation, transforme la subjectivité et les expressions de son malaise. Face au morcellement et à la fragilité des référents et des liens sociaux, à la prolifération d'objets qui promettent la satisfaction pleine et à la proclamation de l'individu comme valeur absolue, une forme symptomatique privilégiée apparaît : l'addiction, étalon de la soumission et de la révolte du sujet face à la demande vorace de l'Autre contemporain, le marché. On interroge la fonction de la marque et de l'atteinte au corps complètement pris dans cette jouissance sans limites.

Mots clés : jouissance, consommation, Autre, addiction, marque sur le corps



* Texto vinculado a la investigación: "El cuerpo y el goce. Su anudamiento con la violencia y la guerra". Código: 805218.

** e-mail: cldiazl@unal.edu.co

Porque, igual que una droga terrible,
el ser humano goza del privilegio
de poder extraer goces nuevos y sutiles
incluso del dolor,
de la catástrofe,
de la fatalidad.

CHARLES BAUDELAIRE¹

POSMODERNIDAD, SOCIEDAD DE CONSUMO E IMPERATIVO DE GOCE

De diferentes modos el discurso contemporáneo insta al goce. El imperativo es la intensidad de la satisfacción, el riesgo extremo, el traspase de los límites. La felicidad se hace equivalente a la conquista de esos mandatos que prometen placeres inmediatos y desmedidos y se les empareja con la libertad. Suprimir las amarras es la exigencia, sólo así se es libre, sólo así se puede volar por sendas insospechadas y vivir experiencias sorprendentes e indecibles. El llamado al límite y a la moderación ha caído en desuso.

Referentes simbólicos consistentes y trascendentes², en general, ya no comandan de modo cierto el actuar del sujeto ni de los colectivos. Se deshacen mitos ordenadores de las sociedades en su conjunto, frente a los cuales el sujeto podría sentirse convocado para adecuar sus actos según sus mandatos. Se descrea de esos metarrelatos totalizadores como nortes sociales por considerárseles precientíficos, ingenuos y engañosos, en una época en que la ciencia y la tecnología comandan y cuyo dogma es el progreso; progreso referido ante todo a conocimientos develados o contruidos por la experimentación científica y la sofisticación y automatización de los objetos ingenieros. La ciencia, “encargada de abrir y ampliar las perspectivas de la idea de progreso, la técnica de profundizarla y la industria de hacerla evidente para todos”³, en su estrecha relación han creado e impuesto una ideología que va de la mano con sus desarrollos, conocimientos y productos elaborados; ideología que se reclama de avanzada y que desvaloriza las posiciones que no se adaptan a sus postulados. Los descubrimientos de la ciencia y los objetos que ofrece la tecnología, deslumbrantes y abrumadores, han conquistado para estas formas de saber y de práctica un lugar preeminente en la sociedad y en la historia, con la consiguiente imposición de sus referentes y el desvanecimiento de los anteriores.



¹ Charles Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, Ediciones Akal, Madrid 1993.

² Llamados en psicoanálisis gran Otro o simplemente Otro, con O mayúscula.

³ William Ospina, *Es tarde para el hombre*, Grupo Editorial Norma, Bogotá 1994, ps. 38-39.

Pero la ciencia, “creencia que se ignora a sí misma”⁴, con la experimentación y la prueba exigida en su fundamento, ha destituido la fe, ha desvanecido creencias e ideales anteriores y vela o reprime la dimensión de creencia y de ideal que posee, con efectos de destitución de la responsabilidad del sujeto frente a lo que ella designa para él y frente a sus prescripciones y a las obras que genera. “El ideal se volvió inconsciente y funciona a espaldas de los que le rinden pleitesía. Agazapado en los cálculos se vuelve temible, porque impone una creencia desprovista de acto de fe”⁵. Desde esa postura toma un semblante de neutralidad, se proclama aséptica, apolítica, como pura lectura de la naturaleza, inocua para al hombre, más bien salvadora (y en parte lo es), pero bajo ese semblante oculta su lado oscuro, deniega los efectos nefastos que sus avances pueden producir, como a “Dolly, y por supuesto también tocará al hombre, lo transformará en lo real”⁶. Punto de terror del cual la ciencia no quiere saber.

Su progreso ha permitido un gran despliegue tecnológico y con éste, los grandes poseedores de capital, a través de sus industrias y empresas de diferente orden, han llenado el mundo de objetos, objetos deslumbrantes, seductores, que crean la ilusión de omnipotencia de su constructor y por extensión del ser humano, aunque la potencia de muchos de los objetos deje al sujeto en la mayor precariedad. De todos modos son objetos que se ofrecen para su consumo, tenerlos produce poder, se extrapola al hombre la potencia del objeto. Así, el progreso, el desarrollo tecnológico, la oferta de consumo incorporan nuevos valores, nuevos referentes.

A los saberes ancestrales, que en su condición ordenadora y por su trascendencia poseían cierto carácter sacro, se los califica en la actualidad de vetustos, anacrónicos y caducos, y a la vez, de incómodos y estorbosos para las conquistas deseadas, por cuanto toda referencia trascendente en lo social se constituye en control y en limitante, al instaurar prohibiciones y establecer prescripciones. Hacer caer las grandes referencias garantiza un espacio libre para instaurar las más convenientes a la época. Y en la actual, llamada de la posmodernidad, conviene aquello que destaque al individuo, que lo engrandezca y lo potencie, que lo desamarre de sus obligaciones y deberes y le permita a toda costa reivindicar sus derechos, su bienestar, su satisfacción.

La certidumbre en los grandes referentes organizadores de la colectividad ha sido sustituida por saberes organizadores fluctuantes, fragmentarios y pasajeros, pues de todos modos el sujeto y los colectivos sociales requieren de saberes ordenadores para su existencia. El sujeto⁷ y las sociedades no son sin el Otro, requieren de éste para su constitución y pervivencia; es el Otro una de las condiciones de lo humano. En la actualidad las transformaciones operadas han fragmentado al Otro, lo han particularizado e individualizado: cada quien, cada pequeño grupo tiene su propia creencia que lo anima y su propia forma de organizar y conducir su vida o, en su



4 Gérard Pommier, *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 2002, p. 49.

5 *Ibid.*, p. 51.

6 Jacques-Alain Miller, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires 2005, p. 215. Dolly es la primera oveja clonada.

7 Surge aquí la pregunta si el desvanecimiento del Otro y la predominancia del individuo hace que desaparezca el sujeto como tal, aquel ser hablante sujeto al Otro y caracterizado por su falta, en quien está presente el conflicto, es decir, el sujeto neurótico y culpable de Freud o el sujeto crítico de Kant, que en uno u otro caso requieren del Otro pero, a la vez, toman distancia de él (Dany-Robert Dufour, *El arte de reducir cabezas: sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*, traducción: Pio Eduardo Sanmiguel A., Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C. 2006, versión no publicada).



8 Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, Editorial Anagrama, Barcelona 1994, ps. 22-24.

9 Creo necesario advertir que no es lo mismo individualismo que individuación. El *individualismo* remite a la ruptura de amarras del individuo con el colectivo, al realce y preponderancia del individuo, con los efectos que esto conlleva. La *individuación*, en cambio, hace referencia a la necesaria separación de un sujeto respecto de otro del que inicialmente depende de modo total, proceso que apunta a no confundirse y perderse en el otro y en su deseo, y a no alienarse plenamente en él, proceso equivalente a la *subjetivación*, en el que su amarre al semejante y al Otro está presente de modo importante.

10 Gilles Lipovetsky, *op. cit.*, p. 22.

11 Es la tendencia instalada de modo más explícito y virulento en las grandes urbes o en aquellas de mayor progreso, sociedades más vulnerables a los efectos generales del libre mercado, de los medios masivos de comunicación, de la globalización. También es cierto que surgen movimientos que se oponen a esta tendencia.

defecto, se ha alienado y se aliena en una de las diversas formas colectivas y a la vez atomizadas que circulan y lo circundan. En tanto individuo o grupo, su obligación es ante todo para sí, y con los otros su relación es más de demanda y exigencia para su bienestar y satisfacción.

Entonces, se han roto los referentes que permitían la cohesión y cierta homogeneización de valores e ideales entre los miembros de una colectividad, que imponían un sentido de pertenencia, que obligaban al lazo con la comunidad y a los deberes hacia ésta; sin embargo, su ruptura no implica que se hayan perdido del todo los referentes. En la actualidad éstos son más volátiles e inmediatos y, por esta razón, más precarios e inconsistentes, menos trascendentes, con efectos devastadores en el ordenamiento del lazo social. El desvanecimiento del Otro cultiva el imperio pulsional con su faz mortífera, rostro de la pulsión de muerte cuyo nombre es el goce.

Otras causas han resquebrajado a los grandes referentes. La relativización continua y el descrédito de lo singular, derivados de la globalización, fenómeno surgido por el avance de la ciencia, de la tecnología, de la industria, y con ellos, de los medios de comunicación, de información y de transporte. Se manifiesta aquí una paradoja: se impone la globalización que homogeneiza masivamente nuevos mandatos y valores, debilitándose la diferencia de los pueblos y la singularidad de las diversas sociedades; la respuesta es, sin embargo, el desfallecimiento de lo colectivo que sostiene a lo social con la concomitante primacía de lo individual. Es la proclama del individuo humano como valor absoluto y de éste como el referente mayor de la cultura democrática⁸. Es el apogeo del individualismo⁹ y de los derechos del individuo, entre los que se destaca su derecho a pensar sólo en sí mismo y en sus propias cosas. Así, la soberanía del individuo y la consagración de sus derechos se vinculan también al enaltecimiento de la cultura democrática.

Otra causa es la oferta de felicidad inmediata a través de la adquisición y uso de objetos producidos y ofrecidos por los dueños del capital y de los medios de producción, aspecto que empuja a la incesante búsqueda de placer y al consumo de esos objetos hacedores de felicidad. Son esos nuevos mandatos y valores que introducen a la vez nuevos ideales; ideales que exigen su logro de modo inmediato, sin tiempo de espera, sin trabajo ni tesón, a diferencia de los de épocas anteriores, conquistados con tenacidad y continuo esfuerzo. Y en la vía de los derechos, "la felicidad se afirma como un derecho natural del hombre, una coordenada mayor de la cultura individualista paralela a la libertad y a la igualdad"¹⁰. La solidaridad como valor no se atisba; los lazos de solidaridad se desvanecen o quedan restringidos al pequeño grupo¹¹.

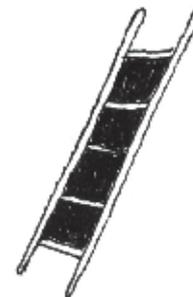
Así, entre los ideales actuales se señalan la consecución rápida e ilimitada de placer, satisfacción y confort, la no renuncia a aquello que los produce y la obtención

de objetos que se asocian con la satisfacción. También la obtención de éxito, prestancia y reconocimiento son ideales de la época; la búsqueda de la exaltación del yo, de lo individual, y su logro están mediatizados por el consumo o alcance de los objetos promisorios de placer, de éxito y de libertad que ofrece el Otro de la época actual. El ideal es el sujeto autónomo que exige a toda costa hacer respetar sus derechos, y principalmente su derecho a la felicidad. “Ya sea en la esfera política, moral o económica, los derechos soberanos del individuo se han colocado en todas partes en primer plano: derechos del hombre, derechos de los placeres, derecho a la libre consecución de los intereses privados”¹².

Desde muchos lugares se imponen esos mandatos. Su fuerza e insistencia aparecen ante todo desde los nuevos amos: el capital y la economía de mercado con sus instrumentos más eficaces, la publicidad y la ideología, que circulan a través de los medios masivos de comunicación y de información. Estos imponen la forma de vida, la ordenan, le dicen al sujeto cómo estar a tono en la actualidad para ser acogido por los otros; imponen la moda, no solamente en la forma de vestir, sino en general, en la forma de vivir, en las maneras de relacionarse y de hacer con el cuerpo; en últimas, en la forma de gozar.

Sutilmente y con todo el embrujo, la publicidad seduce como un canto de sirenas que es a la vez “uno de los lenguajes más autoritarios que existen”¹³. La lógica del consumo es también engañosa, “introduce una aparente posibilidad de elección entre los objetos más diversos, pero en forma no manifiesta impone un consumo definido como vía de acceso privilegiada a la satisfacción”¹⁴. Sus mandatos, vinculados al imperativo del placer inmediato e ilimitado, acarrear el imperativo del goce, de su embriaguez. Y la embriaguez conlleva el exceso, la intoxicación, el enajenamiento, la turbación¹⁵. Es el ideal, opuesto al límite relativo a la castración.

Bajo el dominio del nuevo Otro, de lo mercantil, la ley es la prescrita por el discurso capitalista y solidaria con la ley del mercado. Su doctrina es vender, con su correlato, el consumo. Se instaura una sociedad de consumo que “se vende a sí misma como la gran proveedora”¹⁶, promete el ingreso del ser humano en “un mundo opulento y feliz”¹⁷. Le crea la ilusión de conquistar lo que le falta, de remediar aquello imposible de enmendar, el vacío dejado por su encuentro con el lenguaje, que lo conmina a un desear permanente. En el edén prometido todo se constituye en un bien que se exhibe, se vende, se compra. Asimismo, el ser humano cae en la serie de los bienes, a él se le pone precio, y también a lo más suyo, su cuerpo. Igual, el saber se convierte en mercancía, muda a mero conocimiento, a pura información, que se exalta en su primicia enseguida devaluada.



¹² Gilles Lipovetsky, *op. cit.*, p. 24.

¹³ William Ospina, *op. cit.*, p. 63.

¹⁴ María Cristina Rojas y Susana Sternbach, *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*, Lugar Editorial, Buenos Aires 1997, p. 138.

¹⁵ Real Academia Española, *Diccionario de la Real Academia Española*, Editorial Espasa Calpe S. A., Madrid 1992.

¹⁶ William Ospina, *op. cit.*, p. 63.

¹⁷ *Ibid.*

Todo se hace cambiante y fugaz, todo se transforma con una celeridad vertiginosa; se exige la innovación y la competencia. Los nuevos objetos ofrecidos deben tomar rápidamente el lugar de los antiguos; un novel y original objeto muy rápidamente se hace obsoleto, debe consumirse lo novedoso y para que su consumo se garantice, los objetos antiguos deben quedar rápidamente en desuso, se convierten en basura. Es la turbulencia del objeto. El objeto más nuevo debe superar al anterior y a todos los ofrecidos por la competencia, debe ser más perfecto, satisfacer más plenamente. Todo apunta a la plenitud, a la perfección, a la sorpresa de lo impensable, a la garantía de la completa satisfacción. El asombro y la sensación causada por el objeto se enlazan a la innovación, a correr el límite y por esa vía a la transgresión.

Esta ley impuesta en la producción del objeto se extiende a la relación del sujeto con los objetos, con él mismo, con sus semejantes, con aquello que ordena sus vínculos con los otros, con sus valores y creencias. El sujeto también queda situado en la categoría de objeto y de objeto-mercancía; mercancía que se compra y se vende, mercancía en la que plenitud y perfección también están en su horizonte, por lo menos del lado del semblante, de la imagen. No se contempla la renuncia ni la pérdida, la lógica es la ganancia y el goce. Debe ser pleno el placer y la satisfacción. La consigna es competir, sobresalir y causar envidia de lo que se tiene, de lo que se hace, de lo que se es. Pero no es suficiente, a la vez se envidian los modos de goce del semejante. A toda costa se debe lograr el éxito; y “el éxito y aún la dignidad dependen hoy de la capacidad de consumo, [...] el fracaso es el demonio [...] y sólo se mide en términos de exclusión del paraíso consumista. Podemos ser crueles, desleales, indiferentes al sufrimiento humano, egoístas, avariciosos, descorteses, éticamente deplorables, nadie advertirá en esas penurias el fracaso de su existencia. Pero el fracaso en el adquirir y en el sostener el ritmo de la impaciente avidez del capitalismo, equivale a perder el lugar en el orden del mundo”¹⁸. Es ésta la subjetividad de la época comandada por el mercado y el consumo que conmina a la plenitud del narcisismo y del goce.

Por esa vía el sujeto se ve impelido a innovar sus actos de goce y los objetos que le otorgan satisfacción, pues estos se desgastan fácilmente en el goce ofrecido, lo saturan, pero sobre todo, porque ninguno logra satisfacer plenamente debido a la hiancia o desarmonía estructural que existe entre sujeto y objeto. El goce pleno es ilusorio y momentáneo, pues el fracaso en la relación con el objeto es inherente a lo humano por su condición de ser hablante. El empuje a goces máximos y renovados lo encamina en la senda de la transgresión continua, del desafío a los límites, del levantamiento de las represiones. Reprimir es renunciar y esto va en contravía del mandato de la época. Que la subjetividad del hombre actual se caracterice por la



¹⁸ *Ibid.*, p. 70.

tendencia al goce por encima de todo, señala la búsqueda de una garantía en el goce que sustituye la otorgada por el Otro de la buena fe que ya no existe¹⁹.

La transgresión se sitúa ante todo en lo atinente a la sexualidad y la violencia, campos privilegiados de la regulación de las sociedades y referidos a las pulsiones básicas: pulsiones sexuales y pulsiones de muerte²⁰, eros y tánatos. En la reivindicación de los derechos a los placeres, donde el tope lo pone cada uno desde su individualidad y su cuerpo, que es propiedad privada, o donde el “límite va hasta donde el otro lo permita”, finalmente todo es posible, porque cada vez se quiere más. No se sabe cómo ni dónde poner el tope, pues el mandato es “experimentar lo nuevo”, “vivir lo desconocido”, no abstenerse de ningún goce. Mandatos que guían de modo insistente, ante todo, a los jóvenes. De ahí el ímpetu de la violencia en la actualidad, la voracidad del goce desemboca en violencia. La satisfacción sexual en su exceso convoca a la violencia, queda impregnada de ella, o de igual modo, la satisfacción de la violencia por la violencia misma, al atarse con el goce, pierde su linde con lo sexual y la violencia queda infiltrada de sexualidad. Es el amarre inevitable de las dos pulsiones básicas.

En el aparente progreso experimentado en la actualidad y con los mandatos que se imponen, ocurre un retorno a lo primigenio del sujeto y de su psiquismo, a su subjetividad infantil, pues lo ilimitado, lo infinito, lo omnipotente, es la característica de los procesos primarios, aquellos que no aplazan la satisfacción por cuanto uno de los principios que los rigen es el placer. Los procesos primarios buscan una satisfacción inmediata y plena, y caracterizan el psiquismo infantil y lo inconsciente. En la lógica del consumo, con su paradigma de felicidad y de goce, el llamado es al *yo ideal* y al *narcisismo primario*. Es el apogeo de lo materno, de la no castración, de lo ilusorio de la completud, y por tanto, el auge de lo imaginario. De ahí la voracidad que esta tendencia implica con sus expresiones de envidia y de agresividad, también excesiva.

Los grandes ideales son formas del *ideal del yo* que contiene en su núcleo las insignias paternas y aunque representa al yo ideal, de modo metafórico lo ha sustituido, se opone a él, no es regresivo sino que se dirige hacia adelante. “En la posmodernidad, la caída de los ideales concierne solamente a los que se relacionan con el futuro [...] si los ideales progresistas se derrumban, no queda nada que haga de contrapeso a la regresión hacia el pasado: el yo ideal triunfa y con él su sueño autárquico e incestuoso. [...] El repliegue sobre el yo ideal refuerza la relación de agresión [...] por consiguiente refuerza la violencia y la explotación [...] deja flotar un cuerpo pulsional homeotético a las sensaciones: al mismo tiempo vale como todo y como nada”²¹. Por eso la agresión se despliega hacia esa nada del sujeto o hacia el otro en quien pueda situarse la nada, también en aquel causante de envidia por reconocérsele ese todo faltante en el sujeto. Es la nada de la ausencia de falo o el todo de su presencia ilusoria.



19 Eric Laurent, intervención en “La era de Dolly”, cap. X, en Jacques-Alain Miller, *op. cit.*

20 Ya sea que se tomen estas pulsiones desde la perspectiva freudiana como dos clases diferentes de pulsión que actúan conjuntamente al mezclarse, o que se asuma como lo plantea Lacan, como un solo tipo de pulsión que es siempre sexual con su componente mortífero.

21 Gérard Pommier, *op. cit.*, p. 25.



Hay una preeminencia en el presente, el énfasis es situado en el ahora, la plenitud del goce no debe esperar, la espera y la privación no tienen cabida, urge el placer. Las grandes catástrofes humanas producidas por los hombres, también naturales en las cuales el hombre tiene responsabilidad, la continuidad y aumento de la violencia cada vez con armas más sofisticadas y potentes, la constatación del enorme deseo de destrucción que alberga el ser humano, la pérdida de ideales colectivos y de grandes utopías son razones que se suman para insistir en el presente, con la creciente incertidumbre por el futuro. “El porvenir radiante de la modernidad cede paso a un futuro incierto, oscuro, por el que no vale la pena luchar. [...] Se “descrie del porvenir y del sentido proyectual: basta con vivir el presente”²²; como el presente es efímero, inmediato, hay que vivirlo con intensidad.

Al desvanecerse los metarrelatos existentes en los mitos, en las religiones o en las utopías políticas –impregnados de ficción y de quimeras–, gracias a las cuales se puede soñar con un futuro mejor, se anula su existencia y su posibilidad de historización. La ficción permite mediatizar la realidad al introducir un “condicional, un <como si>”²³, que cumple una función atenuante, ordenadora y protectora del psiquismo al transformar en algo grato lo desagradable y doloroso que hay en la realidad. Como fantasía, la ficción enlaza el pasado, el presente y el futuro al deseo: el pasado de la omnipotencia infantil, el presente del enfrentamiento del sujeto a una realidad insatisfactoria y el futuro del cumplimiento del deseo anclado a esa imagen arcaica de la satisfacción²⁴. Perder la posibilidad de la ficción es arriesgar la protección de la fantasía, y cuando ésta se relaciona con los relatos colectivos implica perder la protección de la fuerza del colectivo y quedar desamparado en la soledad y precariedad del individuo. Se reconoce que el desvanecimiento de la ficción colectiva tiene también efectos de desasimio de la fantasía subjetiva.

Por otra parte, cuando los actos desbordan la fantasía por su ímpetu de goce, de poder transgresor y destructor, ésta pierde su sentido, su fuerza protectora y ordenadora. El sujeto queda expuesto al dominio de lo real con su fuerza siniestra; sobreviene entonces lo ominoso con la dificultad de la imaginarización o simbolización, sin las cuales es imposible la elaboración; el sujeto queda dominado por el trauma y anclado de modo más radical al malestar.

²² María Cristina Rojas y Susana Sternbach, *op. cit.*, p. 25.

²³ *Ibid.*, p. 37.

²⁴ Sigmund Freud, “El creador literario y el fantaseo”, en *Obras completas*, vol. IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1976.

SÍNTOMAS Y CONSUMO: ADICCIONES Y DAÑO AL CUERPO

El empuje al goce hace sujetos adictos a éste; adictos al objeto con que han privilegiado el goce que éste ofrece. Al obedecer a la oferta del consumo efectivamente el adicto consume, sumiso en exceso acoge el pedido del Otro. Pero ante la variedad y

versatilidad de los objetos ofrecidos, contrariamente, al parecer como defensa ante la saturación de éstos, el sujeto se liga casi exclusivamente a uno de ellos, transformando la condición de su deseo como buscador de objetos, en la fijación a un objeto. Frente a la condición metonímica del objeto de deseo, condición de sustitución permanente, el sujeto se adhiere a uno solo constituyéndolo en objeto de necesidad. Esto se presenta de modo más radical en ciertas adicciones que transforman la química y el metabolismo corporal como en la toxicomanía, la bulimia, el alcoholismo, la adicción a los fármacos, y hace de la abstinencia un problema no solamente subjetivo sino también orgánico.

En las adicciones al sexo, a los juegos, al alimento o a la falta de éste (bulimias y anorexias), al ejercicio (vigorexias), adicción a las marcas (tatuajes, *piercings*), entre otras, en las que también está el cuerpo totalmente implicado, se privilegia igualmente un objeto de goce y se instala en la dinámica en donde la necesidad ha sustituido al deseo, aunque la abstinencia no se expresa de la misma forma como aparece en las adicciones señaladas anteriormente.

De nuevo aparece un retorno a lo primigenio, al anclaje de la satisfacción con un objeto específico y único, condición característica de la necesidad sobre la cual se apoya la pulsión para surgir. Es una vuelta a la necesidad, pero en tanto es una necesidad construida e histórica, remite a la pulsión. Es entonces una vuelta a la pulsión, y su satisfacción fijada a un objeto, toma modos de goce muy específico que hacen pensar en “un circuito cerrado de la pulsión que suprime la dimensión del encuentro con el Otro [...] en un goce separado del Otro”²⁵. Dinámica que impide el relanzamiento de la pulsión hacia otros objetos, propia de un circuito no cerrado, al no encontrar satisfacción plena en ninguno; y que dificulta la instauración del deseo como falta necesaria que objeto alguno es capaz de llenar y que impele a la búsqueda del objeto perdido en el campo del Otro.

Sustituir al Otro como garante de la subjetividad por la seguridad del goce, implica buscar en el cuerpo esa garantía, pues no hay goce sin cuerpo. Aquello que no se encuentra en el Otro, o más aún, que no se busca en el Otro pasa a buscarse en el cuerpo. Al romper con el Otro, el adicto deja de ser dependiente de él para situar su dependencia en el objeto, en aquel que mejor le asegure su goce, en aquel objeto que ha constituido como necesario para que su ser tome consistencia a través de su cuerpo, para que su existencia no quede en el vacío. Aspecto que toma relevancia porque en la actualidad, bajo el imperativo de la felicidad sin tacha, de la ausencia de falla, aunado a la desprotección por el desvanecimiento del Otro y a la garantía situada en el goce, la falta estructural del ser humano se vive como “un vacío que atenta contra la continuidad misma del sentimiento de la propia existencia. Una sensación de irrealidad, de falta de afectividad, de inexistencia”²⁶.



25 Máximo Recalcati, *Clínica del vacío*, Editorial Síntesis, Madrid 2003, p. 14.

26 *Ibid.*, p. 14.



Un sentimiento imperante de vacío porque la lógica actual frente a la falta es vivida como frustración y no como castración; es decir, como consecuencia de la impotencia del sujeto o de quienes lo rodean, o como la negación de algo que por derecho le corresponde. Es una dimensión más que se suma a la desprotección en la que queda el sujeto en la actualidad, pues el peso del fracaso es puesto en él en tanto que individuo, frente a la demanda feroz del Otro de poderlo todo, de conquistarlo todo. La castración, en cambio, pone el énfasis en la imposibilidad, permite el vacío, insta al límite, exige la renuncia a la ilusión de omnipotencia. El cáliz amargo del dolor por el vacío, del sufrimiento por el fracaso es atenuado con el consumo, por el goce que produce un objeto, por su adicción a él.

En el discurso capitalista, que es discurso del consumo, los sujetos “tienen una apetencia tremenda por los *gadgets*, los plus de goce²⁷, pero los sujetos del capitalismo son igualmente explotados por los *gadgets*, [...] no son explotados por el amo (como en el discurso del amo) sino por los productos²⁸. Aparentemente no son explotados por el amo, pero tal vez sucede una doble explotación: explota el amo, vendiendo y comprando todo, muy pocas cosas son posibles fuera de esta relación; explota el objeto, dejando al sujeto bajo su dominio, lo anonada, lo hace explotar.

Cuando el adicto busca lo que le falta a través del objeto sin pasar por el Otro, queda expuesto a una mayor soledad, se debilitan sus lazos sociales. La pareja que se juega en la adicción es la relación sujeto y objeto, la misma propuesta por el discurso capitalista, por el imperio del consumo. Todos los discursos descritos por Lacan son discursos que develan un lazo, una relación de una pareja: amo-esclavo, profesor-aprendiz, histórica(o)-amo, analista-analizante. El discurso capitalista, en cambio, rompe el vínculo de pareja e involucra solamente el lazo del sujeto con el objeto, del sujeto con él mismo; instaura un lazo autista²⁹. Es este el lazo que establece el consumidor y, de modo más intenso, el adicto.

Las adicciones son entonces la respuesta al malestar actual de la cultura, al dolor actual de la existencia, que por efecto del desasimiento de los referentes, de los ideales del yo, y por ende de los lazos, deja al sujeto condenado a su soledad, como puro individuo haciéndose cargo de todas las exigencias y demandas impuestas, de las deudas que continuamente contrae al no poder responder. En su fragilidad e impotencia, a pesar de que busque ocultarla, es inevitable el encuentro con el fracaso; no puede consumir todo lo que la publicidad ordena, no logra tener el éxito exigido o prometido y su imperfección se pone en evidencia. “El peor mal que podemos atribuir a la sociedad industrial y a sus sirenas es el contraste entre el universo de fantasía que nos venden y la creciente postración de las muchedumbres que no pueden comprarlo. Como todo cielo, éste tenía que engendrar como correlato un infierno y el infierno

27 Plus de goce: ese goce que se ha perdido y se busca recuperar, producir de más, a través de objetos.

28 Colette Soler, “Discurso capitalista”, en Clotilde Pascual Maza, *Los discursos de Lacan*, Colegio de Psicoanálisis de Madrid, Madrid 2007, p. 138.

29 *Ibid.*

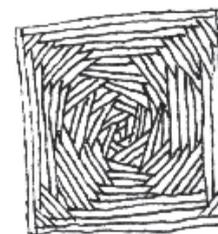
son ahora los basureros de la industria y del consumo, donde pugnan por sobrevivir los que carecen de todo, los que no tienen belleza, ni salud, ni juventud, ni éxito, ni fortuna; para los cuales el discurso hegemónico de la sociedad opulenta y feliz sería una broma triste si no fuera porque cada vez los somete más a las presiones de un ideal obscenamente inaccesible³⁰.

Es un ideal obsceno e inaccesible porque agudiza en el ser humano el sentimiento de frustración, haciéndole creer que algunos, los más poderosos, los más acaudalados o arriesgados sí lo pueden alcanzar; por eso surge la locura del dinero fácil, la obsesión del “todo por la plata”, del someterse o someter a otros a vejámenes y peligros por el dinero, llegando incluso a la muerte; dinero para acumular o para cambiarlo por objetos. Lo que se oculta aquí es que ningún ser humano puede alcanzar ese ideal por más poderoso y adinerado que sea, se vela la separación estructural entre el sujeto y el objeto, entre el sujeto y el goce pleno; se reprime la castración. Sin el horizonte de la castración, sólo le queda al ser humano el fracaso y el vacío.

Vacío que se redobla con la soberanía del individuo y la consagración y privatización de sus derechos, conquistas que lo llevan a situarse amo y señor de su vida, de su cuerpo y por tanto también de su muerte; amo y señor de su propia soledad. Es la soledad garantizada por el reinado del individuo bajo el mandato del consumo y de la satisfacción plena, por los efectos de fragilidad en los vínculos sociales ante la reificación del yo ideal cuya característica es el autismo, y además porque el enlace de todo sujeto con su goce es poco social.

Con la voraz demanda de consumo que expone su goce, el Otro se manifiesta de modo siniestro. Es la presencia del Otro bajo su faz mortífera velada por un rostro seductor. El Otro goza incitando al sujeto al goce del consumo, goza del plus que le deja el consumo, de sus dividendos y ganancias. El adicto accede a esa demanda a su manera: se pliega en el consumo desenfrenado del objeto de goce elegido, pero a la vez se separa del mandato del Otro al no consumir todo lo que le es ofrecido sino solamente uno de esos objetos. A través de él busca la felicidad y lo que encuentra es la angustia, pues el goce no se sacia, pide cada vez más, condena al sujeto a su dependencia, lo atrapa amplificando el vacío; el objeto no es suficiente, se degrada, se requiere de uno más potente y renovador del goce. Ese camino elegido de goce imparable y su concomitante destrucción del cuerpo, le enrostra una verdad al Otro: el fracaso de su ofrecimiento, el fracaso de la promesa de felicidad vía el consumo.

Las adicciones son, entonces, la respuesta sintomática al ofrecimiento del Otro, a esa avalancha de objetos con los que no hay tiempo de hacer lazo, ni condiciones para que éste se forje. La atadura se hace, y de modo indisoluble, con el objeto de la adicción. En este punto se puede indicar “una homología entre el discurso capitalista



³⁰ William Ospina, *op. cit.*, p. 69.



y el fantasma. El fantasma conecta al sujeto con un objeto que Lacan escribe a. En este sentido, podemos decir que el capitalismo hace pasar a la realidad una versión del fantasma, el lazo directo de un sujeto con un objeto³¹, sin pasar por el Otro. La fijeza del vínculo con el objeto parece resguardar de la angustia generalizada que produce la volatilidad de los referentes, de los objetos y de los lazos sociales que se establecen en la época del consumo. Es una respuesta que busca atenuar la angustia, pero es fallida al abrir un nuevo abismo de angustia.

El objeto se constituye en una droga protectora del desasimiento del mismo sujeto en ese anclaje mortífero con el goce (como el *farmakon*³² para el toxicómano). Pues aquello que concierne al goce es la pulsión de muerte en su deseo radical de destrucción. En un sujeto no adicto, al ser atenuado por la represión, ese goce destructivo no se presenta en forma tan evidente, a sabiendas de que en todo sujeto puede retornar lo reprimido en cualquier momento propicio para ello y que en todo sujeto hace presencia de distinto modo la pulsión de muerte.

Por otra parte, en el adicto el objeto que busca no es solicitado al Otro a través de un pedido de amor, sino a través del intercambio mercantil, pues son las relaciones que el Otro establece. Así, en el toxicómano, situado como paradigma de la adicción, “el objeto perdido no cae en el lugar del Otro y, por tanto, no mueve al sujeto a su búsqueda a través del Otro, a través de la demanda de amor dirigida al Otro, sino que se materializa, por así decirlo, en el objeto-droga que es un objeto que lejos de sostenerse en la transferencia hacia el Otro rompe el vínculo social del sujeto con el Otro³³. Sin embargo, la ruptura no es total, se establecen lazos principalmente con otros adictos, con otros que han elegido el mismo objeto y el mismo goce, y que en esas elecciones expresan su malestar del mismo modo sintomático. El vínculo social se realiza a través del síntoma.

El goce, caracterizado en cada sujeto por su singularidad, posee una dimensión colectiva, por cuanto es el goce del Otro ofrecido al sujeto a través de los objetos que éste asume o rechaza. En un tiempo determinado y en una cultura específica, cada quien recibe aquello que viene del Otro, para identificarse o no con lo propuesto. En la actualidad esa invitación masiva al goce del consumo, frente a la cual se borran diferencias culturales, sociales y subjetivas, produce una forma de identificación y de expresión sintomática que también se masifica: la adicción. La adicción, lo sabemos, siempre ha existido; sin embargo, al tomar en la actualidad la dimensión de síntoma social, se trata de la identificación de muchos a ese goce propuesto por el Otro, de la identificación de su rebeldía frente a él, habla también de su intensidad y de la fuerza de entrega a ese goce, casi exclusiva, y a la vez generalizada.

³¹ Colette Soler, *op. cit.*, p. 139.

³² *Farmakon*: del griego, medicamento. Aquello que cura pero a la vez puede matar. La operación *farmakon* del toxicómano tiene que ver con aquella construcción alucinatoria que a través de la droga le permite evadir y escapar a lo insoportable de la vida. Sylvie Le Poulichet, *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1990.

³³ *Ibid.*, p. 13.

Pero estas formaciones sintomáticas y su goce implicado “no siguen el camino del síntoma –como ocurre en la clínica clásica de las neurosis– sino el más directo de prácticas y técnicas pulsionales que parecen excluir cualquier referencia a una satisfacción inconsciente”³⁴. Si se suprime la represión por la inexistencia de prohibiciones, se desvanece el conflicto psíquico en términos de una prohibición que puja por imponerse para acallar un deseo que busca su satisfacción, deseo que en su exceso se sitúa como goce. Puede señalarse, sin embargo, como una modalidad sintomática por cuanto allí se juega una transacción, ya no a nivel subjetivo sino entre el ofrecimiento del Otro y la respuesta del individuo, en la que éste intenta, de modo fallido, poner límite al goce del Otro³⁵. Es fallido porque en la modalidad sintomática de las adicciones opera otro cambio: la prohibición superyoica se transforma en mandato superyoico de gozar, mandato del Otro de lo social que el sujeto acoge en su intimidad. Podría pensarse que el conflicto subjetivo se sitúa en qué hacer para no quedar devorado por el goce, para escapar a ese mandato *éximo* de goce, es decir, proveniente del exterior y de la propia intimidad superyoica que redobra el empuje pulsional.

Con el dominio de lo privado y de la soledad del individuo, que a la vez se escenifica en lo público, y bajo la preeminencia de una relación donde “el objeto perdido no se transfiere al campo del Otro sino que se estanca de forma narcisista en el cuerpo del sujeto”³⁶. Éste cuenta fundamentalmente con su cuerpo para allí satisfacerse y, a la vez, para poner límite a ese mandato de goce del Otro, que como voracidad insaciable expone, con todo vigor, su rostro real. La exposición del sujeto al goce pleno del Otro lo deja sumido en una vivencia traumática, sin recursos consistentes desde lo simbólico, restringido a responder desde lo imaginario y lo real.

A ese real del Otro el sujeto le pone tope con sus propias talanqueras dominadas por lo imaginario, pero ante todo, sitúa lo real de su cuerpo como barrera. Parece carecer de otro recurso al no operar el límite a través de la inscripción simbólica que implica la renuncia, la asunción definida de la castración; renuncia que conlleva el desprendimiento del cuerpo del objeto real de goce. Pero poner límite a lo real del Otro a través de lo real del propio cuerpo implica marcarlo en lo real. Marca que al no ocurrir con la castración, o al debilitarse por el desvanecimiento del Otro simbólico, toma el camino de la insistencia del daño al cuerpo de diversos modos, toma el camino de la marca en lo real del cuerpo por la misma vía de la adicción. Daño transgresor que pone en peligro al cuerpo, que desafía sus capacidades y que puede desembocar en la muerte efectiva. Daño al propio cuerpo, que en la especularidad, en la relación con el otro, se sitúa también en el daño al cuerpo del semejante.

En lo real no es suficiente una sola marca, pues ésta anuda, a la vez, el límite y el goce, la marca metaforiza el trauma y a la vez sustituye lo que debía operarse por



³⁴ Máximo Recalcati, *op. cit.*, p. 13.

³⁵ Pío Eduardo Sanmiguel, “Réquiem por una nueva pulsión”, intervención en el Coloquio Permanente Inconsciente, Sociedad y Cultura. Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2007.

³⁶ *Ibid.*

lo simbólico. Eso inasimilable de lo real, eso traumático del goce, se repite a través de aquello que busca dominarlo: la marca. En tanto la repetición es una forma de dominio, con la repetición de la marca se busca subyugar lo insoportable de la existencia, intento que puede resultar dañino o doloroso, lo que tiene el efecto de redoblar el anclaje con el goce. El dolor psíquico se atenúa con el dolor o el sufrimiento físico, pues éste es más soportable. La marca o incisión que de muchas formas se hace sobre el cuerpo, con su insistencia sustituye en lo real a la repetición de lo simbólico que como *automatón* le concierne³⁷. La marca toma entonces la forma de adicción y la adicción es un modo que toma la marca.



37 “Lo real está más allá del *automatón*, del retorno, regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer”. Jacques Lacan, *El seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires 1989, p. 62.

REFERENCIAS

- BAUDELAIRE, CHARLES, *Los paraísos artificiales*, Ediciones Akal, Madrid 1993.
- BLANCO, LUCÍA Y OTROS (asesores: Jorge Alemán y Javier Aramburu), *Lecturas de lo nuevo. Una investigación sobre la época y la pulsión*, Editorial Tres Haches, Buenos Aires 2001.
- DÍAZ, CARMEN LUCÍA, “Cuerpo y marcas de goce”, texto inédito.
- DUFOUR, DANY-ROBERT, *El arte de reducir cabezas: sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*, traducción: Pio Eduardo Sanmiguel A., Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C. 2006, versión no publicada.
- FREUD, SIGMUND, “El creador literario y el fantaseo”, en *Obras completas*, vol. IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1976.
- LACAN, JACQUES, *El seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* [1964], Paidós, Buenos Aires 1989.
- LAURENT, ÉRIC, intervención en “La era de Dolly”, cap. X, en Jacques-Alain Miller, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires 2005.
- LE POULICHET, SYLVIE, *Toxicomanías y psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1990.
- LIPOVETSKY, GILLES, *El crepúsculo del deber*, Editorial Anagrama, Barcelona 1994.
- MILLER, JACQUES-ALAIN, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires 2005.
- MUÑOZ, PATRICIA Y MESA, CLARA CECILIA, “Del deseo a la necesidad: el goce en la sociedad contemporánea”, en *Disparatorio No. 4, Revista Colombiana de Psicoanálisis*, Fundación Freudiana de Medellín, Medellín 1994.
- OSPINA, WILLIAM, *Es tarde para el hombre*, Grupo Editorial Norma, Bogotá 1994.
- POMMIER, GÉRARD, *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 2002.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Real Academia Española*, Editorial Espasa Calpe S. A., Madrid 1992.
- RECALCATI, MÁXIMO, *Clínica del vacío*, Editorial Síntesis, Madrid 2003.
- ROJAS, MARÍA CRISTINA Y STERNBACH, SUSANA, *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*, Lugar Editorial, Buenos Aires 1997.
- SOLER, COLETTE, “Discurso capitalista”, en Clotilde Pascual Maza, *Los discursos de Lacan*, Colegio de Psicoanálisis de Madrid, Madrid 2007.